

San Agustín. Las confesiones

Juventud, S.A.

LIBRO PRIMERO

Cap. I

... nos hiciste para Ti, y nuestro corazón se siente inquieto hasta que descanse en ti. FE

¡Ojalá pueda buscarte, Señor, invocándote, e invocarte creyendo en Ti! Pues nos fuiste predicado. Ella os invoca, Señor, esa fe que me diste, que me inspiraste a través de la humanidad de tu Hijo, por el ministerio de tu predicador. FE

Cap. 2

Yo no sería, por consiguiente, oh Dios mío, yo no sería, en absoluto, si Tú no estuvieses en mí. O, mejor, yo no sería si no estuviese en Ti, “de quien, por quien y en quien todas las cosas son...

Cap. 3

... No son los vasos llenos de Ti los que te dan estabilidad; aunque se rompiesen, no te verterías al exterior. Cuando te viertes sobre nosotros, no caes al suelo, y nos levantas; no te dispersas, y nos reúnes.

Pero, cuanto llenas, ¿lo llenas con tu Ser entero?... ¿O bien te encuentras entero por doquier, y ninguna cosa os contiene por entero?

Cap. 4

(Perfecciones incomprensibles de Dios. Sería interesante una traducción mejor)

(Traducción de Sánchez Ruiz, p 12)

¿Qué es, pues, mi Dios? ¿Qué es, pregunto, sino el Señor Dios? Porque *¿qué Señor hay, fuera del Señor, o qué Dios fuera de nuestro Dios?* (Ps 17, 32) Sumo, perfectísimo, poderosísimo; omnipotentísimo; misericordiosísimo y justísimo; ocultísimo y presentísimo; hermosísimo y fortísimo; estable e incomprensible; inmutable, que todo lo muda; nunca nuevo, nunca viejo; renovando todas las cosas, y llevando a la vejez a los soberbios sin que ellos lo entiendan; siempre activo y siempre en reposo; recogiendo y no necesitando; sosteniendo, llenando y protegiendo; creando, alimentando y perfeccionando; buscando, aunque nada os falta. Amáis, pero no os apasionáis; tenéis celos, pero estáis seguro; os arrepentís, pero sin dolor; os enojáis, mas con tranquilidad; mudáis las obras, pero no el consejo; recibís lo que halláis, y nunca perdéis; nunca pobre, mas os alegráis con las ganancias; nunca avaro, pero exigís usuras; os ofrecemos de más para haceros deudor, pero ¿quién tiene algo que no sea vuestro? Pagáis deudas, sin deber a nadie; perdonáis deudas, y nada perdéis.

Mas ¿qué he dicho de Vos, Dios mío, vida mía y santa dulzura mía? O ¿qué puede decir el que habla de Vos? Y, sin embargo, ¡ay de los que no hablan de Vos! Porque son parleros mudos.

Cap. 6

Pues de Ti, Señor, sale todo bien, y de Ti, mi Dios, toda mi salud. Esto lo reconocí más tarde, cuando me lo gritabas con todos tus dones, interiores y exteriores. Porque, entonces, ¿qué sabía yo? Chupar, apaciguarme con lo que me deleitaba, llorar cuando mi carne sufría, y nada más.

Cap. 12

En este período de mi infancia... no me gustaba el estudio, y de ello resultaba un bien para mí; era yo el que no obraba bien, puesto que nada hubiera aprendido si no me hubiesen obligado a ello. **No se obra bien cuando se obra a la fuerza, aunque lo que se hace sea bueno de por sí. Los que a ello me obligaban, tampoco obraban bien**, pero de ello resultaba un bien para mí...

Libertad

Cap. 18

... Seguramente no existe cultura literaria que resida más profundamente en nosotros que esta conciencia que en ella está inscrita y que nos prohíbe hacer al prójimo lo que no querríamos que nos hiciesen a nosotros mismos.

LIBRO SEGUNDO

Cap. 2

¿Y qué me gustaba, sino amar y ser amado? Pero no me contentaba con relaciones de alma a alma, sin separarme del camino luminoso de la amistad. De la fangosa concupiscencia de mi carne, del hervor de mi pubertad se exhalaban vapores, que velaban con una nube y ofuscaban mi corazón. Ya no sabía distinguir el suave brillo de la ternura de las negruras de la sensualidad. Una y otra fermentaban en mí confundidas, y mi imbécil juventud, arrastrada a través de los precipicios, se abismaba en la sima del vicio. ¿Sentido de la sexualidad?

Cap. 3

¿Quién, entonces, dejaba de elevar a mi padre hasta las nubes, porque excedía a los recursos de su patrimonio para cubrir los gastos necesarios para la estancia lejana de su hijo? Muchos ciudadanos mucho más ricos que él no se molestaban en hacer tamaño sacrificio por sus hijos. **Y, sin embargo, ese mismo padre no se preocupaba para nada de saber lo que iba siendo yo ante Ti, qué era de mi castidad, con tal que yo fuese un muchacho disertor (sería mejor decir desierto),** falto como estaba de vuestra cultura, Señor Dios, que sois el único y el verdadero y buen amo de vuestro campo, quiero decir de mi corazón. ¿Sentido de la sexualidad?

... habiendo observado un día, en el baño, las señales de mi naciente virilidad, de la inquieta adolescencia con la cual me revestía, mi padre se fue, muy contento, como si desde entonces ya pudiese contar con que tendría nietos, a comunicarlo a mi madre; digo muy contento y encantado, con esa embriaguez que tiene la culpa de que el mundo te haya olvidado a Ti, su Creador, para amar a vuestra criatura en lugar de a Ti, ebrio del invisible vino de una voluntad perversa y que inclina hacia lo bajo. Pero ya en el corazón de mi madre habías empezado a levantar tu templo y a plantar los cimientos de tu habitáculo. Mi padre sólo era el catecúmeno, y desde mucho tiempo. Ella se estremeció de angustia, con piadosa emoción, **temiendo las vías tortuosas por las que andan aquellos “que te presentan no el rostro, sino la espalda”** (Jer 2, 27) ¿Sentido de la sexualidad?

... Lo que ella (mi madre) quería, y recuerdo con qué inquietud apasionada ella me lo recomendó secretamente, era que evitase toda fornicación, y sobre todo que me guardase de seducir a la esposa ajena. ¿Sentido de la sexualidad?

Yo lo consideraba opiniones de mujer, que me hubiese ruborizado escucharlas. Pero venían de Ti, y yo lo ignoraba; yo creía que callabais, que sólo ella hablaba, ella por la cual Tú me hablabas; y era a Ti a quien despreciaba en ella, yo su hijo, “hijo de tu sirvienta y servidor tuyo” (Ps 115, 16). Pero yo no lo sabía, y me precipitaba a mi pérdida, ciego hasta el punto de que, entre los muchachos de mi edad, sentía vergüenza de mi inferioridad en la vergüenza; pues les oía alabarse de sus villanías y glorificarse tanto más cuanto más infames eran; y me gustaba hacer igual que ellos, no solamente por el gusto de hacerlo, sino también por vanagloria. ¿Qué hay de reprochable más que el vicio? Yo, por temor a los reproches, me volvía vicioso, y a falta de crimen real que me igualase con los más corrompidos, fingía haber hecho lo que no había hecho; temía parecer tanto más despreciable cuanto más inocente era, y tanto más vil cuanto más casto. ¿Sentido de la sexualidad?

Así me represento las cosas cuando me acuerdo, hasta donde puedo, del carácter de mis padres. Cuando más, abandonaban las riendas a mis diversiones más de lo que debía permitirle una justa severidad. Me dejaban dispersarme a voluntad de mis pasiones. Y de todo ello se levantaba una espesa niebla que velaba a mis ojos, Dios mío, el brillo sereno de vuestra verdad, y era, por decirlo así, “de mi sustancia misma de donde brotaba mi iniquidad” (Ps 72, 7) Educación de los hijos

Cap. 4

Cerca de nuestra viña había un peral cargado de frutas que no tenía ningún atractivo de sabor ni de belleza. Fuimos unos jóvenes gamberros a sacudir y despojar aquel árbol a medianoche (habíamos prolongado nuestros juegos en las plazas hasta esta hora, siguiendo nuestra detestable costumbre). Llegamos muy cargados de dichas frutas, no para gozarnos con ellas o regalarlas, sino para echarlas a puercos. Si algo comimos de ellas, el placer que nos dieron provenía del hecho de haber robado aquello que nos estaba prohibido. Atracción del pecado

He aquí mi corazón, oh Dios, he aquí este corazón que Tú has contemplado en piedad al fondo del abismo. Mira este corazón; que te diga lo que iba a buscar allí, para ser tan malo gratuitamente, sin otra razón para serlo que su propia malicia. Era repugnante, y la amé; amé mi propia muerte; amé mi propia caída; no el objeto que era su causa, sino mi propia caída. Alma ya manchada, desprendida de vuestro firme apoyo por su ruina, no deseando más, en su ignominia, que la ignominia misma. Atracción del pecado

Cap. 5

Las bellas cosas, tales como el oro, la plata, etc., poseen ciertamente atractivo. El placer del tacto carnal va acompañado de una simpatía que es su elemento preponderante. Cada sentido encuentra en las cosas corporales la modalidad que le corresponde. El honor mundano, el poder del mando y del dominio, también tienen su precio; y es cierto que sale de ahí el deseo ávido de la venganza. Y, sin embargo, para procurarse estos diversos bienes es posible no alejarse de Ti, Señor, ni desviarse de tu ley. La vida misma, tal como la vivimos aquí abajo, también posee su encanto, que le proviene de cierta medida de belleza que le es propia y de una armonía con todas esas bellezas terrenales. La amistad entre los hombres es suave por los queridos lazos gracias a los cuales, de muchas almas, forma un alma única. Ambigüedad de la realidad

Todas esas cosas y otras parecidas nos dan ocasión de pecar cuando, por una inclinación desordenada hacia bienes que son de calidad inferior, abandonamos bienes mejores y más altos, como Tú, Señor, nuestro Dios, y tu verdad, y tu ley. En efecto: estas cosas terrenales poseen también su seducción, pero muy diferente de la de mi Dios, creador del universo, pues “en Él el justo encuentra su alegría y Él es la delicia de los corazones rectos” (Ps 63,11)

Seducción del pecado: ¿buscar el poso que dejan?

Cap. 6

... Tenía mejores (frutos) en cantidad; sólo los cogí, pues, por el gusto de robar. Pues apenas cogidos los tiraba, y sólo paladeaba mi iniquidad, saboreada con gusto; si algún pedazo de estos frutos ha penetrado en mi boca, mi pecado le dio todo su sabor. **Atracción del pecado en sí (¿Cf Proust?).**

Y ahora, Señor Dios mío, busco lo que me sedujo en aquel robo. No poseía por sí mismo ninguna belleza; no hablo de la belleza que comportan la justicia y la prudencia; ni de la que reside en la inteligencia humana, en la memoria, los sentidos, la vida animal; no de aquella con la cual se adornan los astros con sus orbes prestigiosos, y la tierra y el mar, todos llenos de seres vivientes, que se remuevan por permanente sucesión; ni de aquella belleza defectuosa y de pura apariencia mediante la cual nos engañan los vicios. **La belleza verdadera y la defectuosa**

Pues el orgullo se da aires de elevación de alma, pero Tú solo, Dios mío, estás elevado por encima de todos los seres. Y la ambición, ¿qué busca? Los honores, la gloria, cuando a Ti solo, entre todos, pertenecen honor y gloria por toda la eternidad. El rigor de los poderosos quiere hacerse temer; pero ¿quién hay que temer más sino a Ti solo, Dios mío? ¿Cuándo, dónde, hasta dónde, por quién puede ser arrancada o sustraída alguna cosa a vuestro poder? Los libertinos quieren hacerse amar con caricias; pero nada existe tan acariciador como vuestra ternura, no hay amor más salubre que el de vuestra verdad, bella y luminosa entre todas. La curiosidad las apariencias de celo científico, pero Tú, Tú lo sabes todo íntegramente. La misma ignorancia y la tontería se cubren con el nombre de simplicidad y de inocencia; pero ¿existe nada más sencillo que Tu? ¿Y qué hay más inocente que Tu, puesto que son tus propias obras las que las que molestan a los pecadores? La pereza finge buscar solamente el reposo; pero ¿qué reposo hay que no esté asegurado en el Señor? El lujo quiere ser llamado saciedad y abundancia; pero eres Tú la plenitud y la fuente inagotable de incorruptibles delicias. La prodigalidad usurpa las formas de la liberalidad; Tú eres el dispensador opulento de todos los bienes. La avaricia quiere poseer mucho; pero Tú lo posees todo. Los celos luchan por la preeminencia; ¿qué hay por encima de Ti? La cólera está ávida de venganza; ¿quién se venga más justamente que Tú? El temor vela angustiosamente sobre lo que ama, y se estremece ante cualquier peligro insólito y súbito que amenaza su seguridad; pero para Ti ¿hay algo insólito? ¿Algo súbito? ¿Qué os separa de lo que amáis? ¿Dónde encontrar una seguridad sino cerca de Ti? La tristeza se consume al pensar en que ha perdido los bienes que llenaban de alegría su codicia; querría que también le fuese imposible, como a Ti, verse arrebatado nada. **Dios, último sentido de todo lo valioso en la vida. Fe**

Cap. 7

Tú me lo has perdonado todo, lo confieso, el mal que he hecho por mi propia voluntad y el que gracias a Ti no he llegado a hacer. ¿Cuál es el hombre que, considerando su debilidad, se atreve a atribuir a sus propias fuerzas su castidad y su inocencia, hasta el punto de amarnos como si no tuviese necesidad de la misericordia con la cual Tú perdonas los pecados a quienes se vuelven hacia Ti? **¿Sentido de la sexualidad?**

Cap. 8

... (en aquel hurto) no amé más que el hurto por sí mismo y nada más. ¿Y qué era en sí mismo? Nada; y esta nada misma no hacía más que volver mi caso más lamentable. Y, sin embargo, yo solo no lo habría cometido —ésta era, lo recuerdo muy bien, mi decisión íntima—, no, yo solo seguramente no lo habría cometido. Por consiguiente, amé también la camaradería de cuantos me ayudaron a cometerlo... Pero puesto que no encontraba ningún gusto en estos frutos, este placer lo encontraba en la propia falta, en aquel pecado cometido entre varios. ¿Dimensión ‘social’ del pecado? ¿Fuerza del consenso?

Cap. 9

Oh Dios mío: he aquí que se abre ante Ti el recuerdo vivo de mi alma. Solo, no hubiese cometido aquel robo, en el que mi placer estaba ausente, puesto que no consistía en lo que robaba, sino en el mero hecho de robar; aunque hubiese estado solo, no habría encontrado ningún placer en ello y no lo hubiese cometido. ¡Oh amistad demasiado enemiga! ¡Incomprensible seducción del espíritu, avidez de molestar, nacida del jugueteo y la diversión, apetito de hacer daño al prójimo! Ni huellas de deseo de ganancia personal o de venganza. Pero basta que alguien exclame “¡Vamos allá! ¡Hagámoslo ya!, y uno siente vergüenza de tener vergüenza. Fuerza del grupo frente al individuo: ‘vergüenza de tener vergüenza’”.

LIBRO TERCERO

Cap. 1

Llegué a Cartago. Por doquier, alrededor de mí, hervía con gran ruido la caldera de los amores vergonzosos. Todavía no amaba, pero me deleitaba con la idea de amar. Sediento de amor hasta lo más íntimo de mí mismo, me lamentaba por no estarlo demasiado todavía. Buscaba el objeto de mi amor y amaba amar; y odiaba la idea de una vida apacible, de un camino exento de peligros. Mi corazón desfallecía, vacío del alimento interior, de Ti mismo, Dios mío; y no era de este hambre de la que me sentía hambriento; no sentía el apetito de los alimentos incorruptibles; no era que estuviese ahíto, pero cuanto más privado de ellos estaba, tanto más me repugnaban. He aquí, pues, por qué mi alma se sentía mal, y cubierta de úlceras se lanzaba fuera de sí misma, miserablemente ávida de frotarse con las realidades sensibles. Pero si estas realidades no poseyesen un alma, seguramente uno no sabría amarlas. Amar, ser amado, no era mucho más suave, cuando yo disfrutaba con el cuerpo del ser amado. Manchaba, pues, la fuente de la amistad con las basuras de la concupiscencia; velaba su serenidad con la nube infernal del libertinaje. Repugnante e infame, en el exceso de mi vanidad, me alababa de adquirir maneras dotadas de urbanidad elegante. Así me precipité en el amor, en el que deseaba ser precipitado. Oh mi Dios, mi misericordia: ¡con cuánta hiel tu bondad sazonó su dulzura para mí! ¡Fui amado! Caí misteriosamente en los lazos del goce, y alegre me hundía en la red de la miseria para ser entregado muy pronto a los azotes del hierro ígneo de los celos, de las sospechas, de los temores, de las cóleras y de las querellas. ¿Sentido de la sexualidad? ¿A qué apunta el amor?

Cap. 4

(Lectura de **Hortensius** de Cicerón)... la lectura de aquel libro ya no me servía para aguzar mi lengua; lo que en él me apasionaba eran las cosas dichas y no la manera de decirlas.

¡Cómo ardía, mi Dios, cómo ardía en ganas de revolver las cosas terrenales hasta Ti! Y yo no sabía lo que querías de mí. **“La sabiduría está en Ti”**. Pero el amor a la sabiduría se llama en griego “filosofía”, y aquel libro me inflamaba en ese amor. **Hay hombres que se sirven de la filosofía para engañar, y de este modo tan grande, tan seductor, tan venerable, hacen un pretexto para colorear y maquillar sus errores... Grandeza y miseria de la filosofía** ... lo que me gustaba en aquella exhortación era que me excitaba, me impulsaba a amar, a buscar, a conquistar, a poseer y a estrechar vigorosamente no tal o cual sistema, sino la sabiduría por sí misma, fuese cual fuese.

Una sola cosa refrenaba un poco esta gran llama: **el nombre de Cristo no estaba allí. Este nombre, según el designio de tu misericordia, Señor, este nombre de mi Salvador, de vuestro Hijo, había sido bebido tiernamente por mi corazón infantil mezclado con la leche de mi madre;** había permanecido en el fondo; y sin este nombre ningún libro, por literario, por elegante, por verídico que fuese, no podía fascinarme de un modo completo. **Fe y educación desde la infancia**

Cap. 5

Decidí, pues, aplicar mi espíritu al estudio de **las Escrituras**, para ver cómo eran. Lo que vi fue lo siguiente: algo **impenetrable para los soberbios** y que tampoco se descubre a los niños; una entrada baja, pero que se eleva progresivamente a medida que se penetra en el interior; y por doquier un velo de misterio. Hubiese sido muy incapaz de franquear el acceso o de bajar la cabeza para acomodarme a esta progresión... **Aquel libro me pareció indigno de ser comparado con la majestad de un Cicerón. Mi orgullo desdeñaba su simplicidad, mi vista no penetraba en sus profundidades. Pero estaba hecho para crecer, al mismo tiempo que los pequeños, pero yo desdeñaba ser pequeño y confundía la hinchazón de mi vanidad con la verdadera grandeza.** **Fe y humildad**

Cap. 6

Así caí entre hombres orgullosos y extravagantes, carnales y locuaces en exceso; su boca escondía una trampa diabólica, una liga compuesta de una mezcla de las sílabas de tu nombre y de **los nombres de Nuestro Señor Jesucristo y del Paráclito consolador: el Espíritu Santo. Estos nombres no abandonaban sus labios, pero sólo eran un sonido, un ruido vago de su lengua; su corazón estaba vacío de verdad. Y decían: verdad, verdad. Me hablaban de la verdad incesantemente, pero ella no estaba jamás en ellos...** **Hablar de la verdad y estar lejos de ella**

[...]

Pero, para mí, no era de esas criaturas excelentes, sino sólo de Ti, oh verdad, en la que “no hay vicisitudes ni sombra de cambio” (Sant 1,16)...

... ¿Por qué peldaños rodé hasta el fondo del abismo? **En mi laboriosa y jadeante penuria de verdad, te buscaba, Dios mío (te lo confieso, te buscaba a Ti que te has apiadado de mí cuando todavía no te confesaba), no con el discernimiento de mi razón, por el cual, gracias a Ti, somos superiores a las bestias, sino con los sentidos de la carne. Pero Tú eras más interior en mí que mi fondo más íntimo, más elevado que las partes más altas de mí mismo...** **La**

búsqueda de Dios sin saberlo. Por el discernimiento somos superiores a las bestias. *Intimius intimo meo.* Fe

Cap. 7

... Los hombres, cuya vida terrestre es breve, no saben armonizar con el pensamiento las razones de las cosas, en los siglos pasados y en otras sociedades que escapan a su experiencia, con los datos que su experiencia les proporciona.. No aislar la propia experiencia del pensamiento y de las experiencias de los antepasados

Cap. 8

¿Puede, pues, existir un tiempo, un lugar, donde sea injusto “amar a Dios de todo corazón, con todo tu espíritu, y amar al prójimo como a sí mismo? Por eso las torpezas contra la naturaleza deben ser por doquier y siempre detestadas y castigadas, como, por ejemplo, las de los habitantes de Sodoma...

Cap. 12

... me disteis otra contestación por boca de vuestro prelado, un obispo formado en la Iglesia y hábil en el estudio de las Escrituras. Mi madre le había rogado que me hablase, para refutar mis errores, desengañarme del mal y enseñarme el bien; consentía él en ello, cuando encontraba individuos susceptibles de ser reformados de este modo. El obispo se negó a hacerlo, con una prudencia que no he comprendido hasta mucho más tarde. Le contestó que todavía era indócil y lleno de presunción, a causa de mi reciente sumisión a aquella herejía, y de la turbación en que, por razones capciosas, yo había hundido a muchas personas poco instruidas, como ella acababa de comunicárselo. “Pero –añadió él- déjalo tal como es; ruega solamente por él al Señor. Él mismo descubrirá, por sus lecturas, el error y toda la impiedad de esa doctrina”. Le contó después que su propia madre, seducida por los maniqueos, lo había entregado a aquellos cuando aún era muy pequeño, que había leído casi todos sus libros..., y que se había dado cuenta, sin necesidad de controversias ni de argumentaciones, de cuán desoladora era aquella secta, y de que era preciso huir de ella; por consiguiente la había abandonado. A pesar de estas confidencias, mi madre no quería dejarse convencer, y redoblaba sus rezos y plañidos, para que me viese y discutiese conmigo. Entonces, el obispo, enervado ya, le dijo, no sin cierta impaciencia: “Vamos, déjame; tan cierto como vives, que es imposible que perezca el hijo de lágrimas como las tuyas”. Fe: imposibilidad en el indócil y presuntuoso. Uno mismo tiene que descubrir el error. Fuerza de las ‘lágrimas’.

LIBRO CUARTO

Cap. 4

Durante aquellos mismos años, yo vivía con una mujer que no estaba unida a mí por el matrimonio llamado “legítimo”, pero que la imprudencia de un ardor inquieto me hizo encontrar. Pero era la única mujer que había conocido, y le conservaba la fidelidad del lecho; pero no dejaba de medir con mi propia experiencia todo el intervalo que separa el prudente compromiso conyugal, contraído con el objeto de transmitir la vida, uno de esos pactos de amor sensual del que también nacen hijos, pero contra los deseos de sus padres, aunque una vez nacidos nos obligan a amarlos. ¿Sentido de la sexualidad?

Cap. 6

... Yo era infortunado; toda alma es infortunada cuando se encuentra encadenada por el amor de las cosas mortales, y experimenta un desgarramiento cuando las pierde. Entonces siente la miseria que ya la trabaja antes de que las pierda. Tal era mi estado de espíritu en aquella época (por la muerte de su amigo); yo lloraba amargamente, y me reposaba en la melancolía... [...]

... ¡Cuán feliz expresión supo encontrar, hablando de su amigo, el poeta que le llama “mitad de su alma”! Sí; he sentido que su alma y la mía sólo habían sido un alma en dos cuerpos; por eso la vida me horrorizaba, y no quería vivir, reducido a la mitad de mí mismo. Y quizá no temía morir por miedo a que él muriese por completo, aquel a quien yo tanto había amado. **El amigo la mitad de la propia alma**

Cap. 8

... ¿por qué aquel dolor había penetrado tan fácilmente hasta lo más íntimo de mí mismo”, sino porque había dispersado mi alma sobre la arena, al amar un ser que se me podía morir, como si no debiese morir nunca? (Cfr. descripción de las manifestaciones de la amistad)

Cap. 16

Oh Señor, nuestro Dios: “esperamos al abrigo de vuestras alas”; protégenos, llévanos. Eres Tú quien nos lleva; nos llevarás, pequeños como somos, y hasta que tengamos el pelo cano, pues **nuestra fuerza sólo es fuerza contigo; reducidos a nosotros mismos, ella no es más que debilidad. Todo nuestro bien vive en Ti, y debido a habernos separado de Ti hemos perdido el camino recto. Volveremos definitivamente a Ti, Señor, para no ser hundidos. Nuestro bien vive indefectiblemente en Ti, pues Tú eres nuestro bien.** No debemos temer no encontrar al regreso el abrigo del cual nos ha alejado nuestra caída; pues no se hunde, durante nuestra ausencia, esta morada que es vuestra eternidad. **Fe: Dios es nuestra fuerza y nuestro bien**

LIBRO QUINTO**Cap. 2**

... ¿Dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú permanecías ante mí. Pero yo me había alejado de mí mismo, no volvía a encontrarme, y mucho menos Tú a mí.

LIBRO SEXTO**Cap. 3**

... Consideraba a Ambrosio como un hombre feliz ante el mundo, puesto que era tan fuertemente honrado por los más altos personajes. Sólo una cosa me parecía penosa en él: su celibato...

... A menudo, cuando yo me encontraba allí, pues **su puerta no estaba jamás prohibida a nadie, entrando todo el mundo sin ser anunciado**, le veía que estaba leyendo en voz muy baja y jamás de otro modo... **La puerta del obispo siempre abierta**

Cap. 4

... Quería estar tan seguro de las cosas que no se ven como de que siete y tres son diez. Pues no era lo suficiente loco para pensar que tal proposición matemática pudiese dejar de ser cierta; pero **pretendía obtener el mismo género de certidumbre por toda clase de verdades, corporales y alejadas de mis sentidos, o espirituales, aunque mi pensamiento no supiese representarse nada sin cuerpo.**

Pero yo debía creer para curarme, para que los ojos de mi espíritu, por fin purificados, pudiesen detenerse de algún modo en “tu verdad eterna e indefectible”. Pero demasiado a menudo, el que ha pasado por el mal médico no se atreve a confiarse ni al bueno. Así, **mi alma enferma, que sólo la fe podía curar, por temor a ser engañada por la fe, se negaba a su curación. Se resistía a aquel remedio la fe, preparada por tus manos y que Tú prodigas a las enfermedades, en todo el universo, con una soberana eficacia.** **Sólo la fe cura, pero Dios la da**

Cap. 5

Y tu mano, tan suave y misericordiosa, Señor, manejando y plasmando mi corazón poco a poco, me permitía observar qué infinidad de cosas creía sin verlas, sin haber sido su testigo, tantos acontecimientos en la historia de los pueblos, tantos hechos relativos a tales lugares, tales ciudades, que no había visto jamás, cuando otorgaba como crédito a mis amigos, a médicos, a mil otros, sin lo cual nada podía hacerse en esta vida. Una fe inquebrantable me aseguraba quiénes eran los autores de mi nacimiento. **Cuántas cosas creemos que no hemos visto**

En cuanto a los absurdos que me sorprendían de ordinario, habiendo oído respecto a ellos muchas explicaciones satisfactorias, los imputaba a la profundidad misma de sus misteriosas verdades. **La autoridad de la Escritura me parecía tanto más venerable y digna de fe sacrosanta cuanto que, accesible a quien quisiese leerla, reservaba, sin embargo, a una interpretación más sabia la imponente dignidad de su misterio.** La claridad de su lenguaje, la humilde sencillez de su estilo lo hacía fácil para todos, y, sin embargo, era capaz de exigir un esfuerzo por parte de aquellos que no son “lígeros de corazón”, recibía a todos los hombres en su halda benévola, pero no dejaba penetrar hasta Ti, por estrechas aberturas, más que un pequeño número... **Paradoja de la Escritura: accesible a todos, pero impenetrable**

Cap. 6

Yo aspiraba ávidamente a los honores, a los beneficios, al matrimonio, y Tú te reías de mí. Estas pasiones me hundían en las más penosas preocupaciones, y Tú me eras tanto más propicio cuando permitías menos que yo encontrase dulzura en lo que no eras Tú.

... ¿Y cómo te las arreglaste para ayudarme a sentir mi miseria? Era aquel día en que me preparaba para recitar un panegírico del emperador; me proponía decir muchas mentiras, y estas mentiras debían excitar muchos aplausos de auditores que no creían tampoco en ellas. Estas preocupaciones hacían palpar mi corazón, enfebrecido de pensamientos que le consumían. He aquí, pues, que **al pasar por una calle de Milán, divisé a un pobre mendigo, ya bastante saturado de vida, según me pareció, y de humor muy alegre e hilarante.** Suspiré e hice observar a mis amigos, que me acompañaban, en cuantos dolores nos hundían nuestras

locuras. Con todos nuestros esfuerzos, de los que asumía mi parte laboriosa, arrastrando bajo el agujijón de las pasiones un fardo de infidelidades que se volvía cada vez más pesado, ¿qué más queríamos que llegar a aquella seguridad gozosa, en la que aquel mendigo nos había precedido y que quizá no podríamos alcanzar nunca? Lo que él había alcanzado ya, gracias a alguna moneda sonsacada a los transeúntes, quiero decir la alegría de una felicidad temporal, yo buscaba el modo de lograrla también por circuitos agotadores y mil vueltas y revueltas. No poseía, sin duda, la alegría verdadera; pero yo perseguía a través de mis empresas ambiciosas una felicidad todavía mucho más falaz. En todo caso, él estaba lleno de alegría; y yo, en cambio, lo estaba de angustia; él, lleno de seguridad, y yo de inquietud. Si me hubiesen formulado esa pregunta: ¿qué preferís, tener el alma llena de gozo o de pena?, yo habría optado por la alegría; si me hubiesen preguntado qué prefería, ser como aquel mendigo o permanecer tal como estaba, habría preferido ser yo, a pesar de las preocupaciones y los temores que me embargaban. ¡Error de juicio! ¿Qué medio existía para que yo pudiese creer que tenía razón? Yo no debía crearme superior a él porque era más sabio, puesto que mi ciencia no me aportaba más alegría y que sólo conseguía con ella el medio de agradar a los hombres, no para instruirlos, sino solamente agradecerlos...

Lejos de mi alma los que dicen: “Hay que tener en cuenta la causa de la alegría. Aquel mendigo encontraba la suya en la embriaguez, y tú querías encontrarla en la gloria”. ¿Qué gloria, Señor? ¡Una gloria que no está en Ti! Su alegría no era la verdadera alegría, pero tampoco mi gloria era la verdadera gloria y todavía me turbaba más el espíritu. Aquella misma noche, aquel mendigo debió dormir su embriaguez; yo ya había dormido, me había levantado con la mía, iba a dormir y a levantarme igual. Para cuántos días, sólo Tú lo sabías. Sí; hay que tener en cuenta la causa de la alegría, lo acepto, y la alegría de las santas esperanzas es incomparablemente distante de aquella vana felicidad... Hay que preguntarse cuál es la causa de la alegría

Cap. 11

Yo, personalmente, experimentaba un estupor angustioso cuando medía el largo espacio de tiempo que iba desde mis diecinueve años, cuando empecé a arder en el amor de la Sabiduría, decidido a abandonar, tan pronto como la hubiese encontrado, todas las frívolas esperanzas y locuras mentirosas de las vanas pasiones. Ya tenía treinta años, y me agitaba en el mismo fango, ávido de gozar las cosas presentes, que huían de mí y me dispersaban, mientras repitiendo: “Mañana encontraré algo, la evidencia me aparecerá, no la soltaré...”

“... La Divinidad no habría realizado para nosotros cosas tan grandes y bellas, si con la muerte física se extinguiese también la vida del alma. ¿Por qué tardar tanto en abandonar de una vez las esperanzas del siglo, para consagrarme por entero a buscar a Dios y a la vida feliz?

... Amante de la vida feliz, la temía allí donde reside verdaderamente; la buscaba volviéndole la espalda. Me parecía demasiado desgraciado si me privase de los abrazos de una mujer. En cuanto al remedio que nos ofrece tu misericordia para curar esta clase de debilidades, no pensaba en él, puesto que nunca había hecho la prueba. Creía que la continencia depende de nuestra propia fuerza, y esta fuerza no la sentía en mí. Hasta tal punto era insensato, que ignoraba que “nadie, como dice la Escritura, puede ser continente, si Tú no le permites que lo sea”. Seguramente me lo habrías concedido si, con gemidos de mi corazón, yo hubiese llamado a vuestros oídos, y si, con fe vigorosa, hubiese depositado en Ti todas las penas. La continencia no depende del propio esfuerzo

Cap. 15

Mientras tanto, mis pecados iban en aumento; y cuando me fue arrancada de mi flanco, como un obstáculo para la unión proyectada, la mujer que compartía mi lecho, mi corazón, al que ella estaba fuertemente agarrada, sintió una herida desgarradora, y conservó durante mucho tiempo la huella sangrante.

Cap. 16

... Yo planteaba así la cuestión: si fuésemos inmortales, y si nuestra vida transcurriese en una perpetua voluptuosidad de los sentidos, sin ningún temor a perderla, ¿por qué no seríamos felices? ¿Y qué más buscaríamos? Yo no veía lo que precisamente atestiguaba mi miseria, y es que, desgarrado y cegado de este modo, no podía imaginarme la luz de la virtud, de una belleza que hay que abrazar por sí misma, que los ojos de la carne no divisan, y que sólo se ve desde las profundidades del alma. En mi miseria, no me preguntaba de qué fuente brotaba para mí el placer que encontraba al hablar con amigos, aunque fuese de cosas vergonzosas. Sí; sin mis amigos no habría sido feliz, ni desde el punto de vista de la sensualidad en que entonces yo me hallaba sumergido, y aunque me sintiese ahíto de todas las voluptuosidades carnales. Aquellos amigos, yo los amaba de un modo completamente desinteresado, y sentía muy bien que ellos me amaban de igual modo. ¿Sentido de la sexualidad?

LIBRO SÉPTIMO

Cap. 1

Ya estaba muerta mi adolescencia mala criminal; ya me encaminaba hacia la madurez, y a medida que iban creciendo mis años, más vergonzosa iba volviéndose mi nulidad metafísica. Me era totalmente imposible imaginar otra sustancia que aquella que puede verse con los ojos físicos. Ya no os imaginaba, Dios mío, bajo la apariencia de un cuerpo humano, desde que hacía oídos a las enseñanzas de la sabiduría –siempre he evitado este error, y me felicitaba de volver a encontrar la verdadera concepción en la fe de nuestra madre espiritual, tu Iglesia Católica-, pero ¿de qué otro modo imaginarte? He aquí lo que yo no podía ver... Fe

Cap. 3

Lo que me elevaba un poco hacia tu luz era que yo no estaba más cierto de vivir que de poseer una voluntad. Así, pues, cuando quería o no quería alguna cosa, estaba absolutamente seguro de que no era otro que yo quien quería o no quería, y cada vez me resultaba más evidente que allí residía la causa de mi pecado. En cuanto a los actos que realizaba a pesar mío, me sentía en ellos más pasivo que activo, y estimaba que había allí, no una falta, sino un castigo, del cual, pensando en tu justicia, no dudaba en reconocerme equitativamente víctima.

Cap. 10

Entonces, advertido que debía volver en mí, entré en la intimidad de mi corazón, y Tú eras mi guía; pude hacerlo porque “Tú me prestaste tu ayuda”. Entré y vi, con los ojos del alma, por encima de mi inteligencia, la luz inmutable. No era aquella luz ordinaria, visible para toda la carne; tampoco era una luz de la misma naturaleza, pero que hubiese parecido más poderosa, con un brillo mucho más vivo, que proyectase sobre todas las cosas la fuerza de sus rayos.

No; aquella luz no era eso, era otra cosa muy diferente. No estaba por encima mi espíritu, como el aceite flota por encima del agua, como el cielo se extiende sobre la tierra. Estaba por encima de mí, porque me ha creado; yo estaba por debajo de ella, porque he sido creado por ella. Aquel que conoce la verdad, la conoce, y quien la conoce, conoce la eternidad. La conoce la caridad.

¡Oh eterna verdad, oh verdadera caridad, oh querida eternidad! Tú eres mi Dios; por Ti suspiro noche y día. Cuando te conocí por primera vez, me elevaste hasta Ti para hacerme ver que había algo digno de ser visto, pero que yo no era todavía capaz de ver. Y por la fuerza de tu irradiación, Tú deslumbrabas mis débiles miradas, y yo temblaba de amor y de un espanto sagrado. Y me encontré lejos de Ti, en una región que te es extraña, donde me parecía oír tu voz desde las alturas: “Soy –decías- el alimento de los fuertes; cree, y me comerás. No me asimilarás como el alimento de tu carne; eres Tú quien te asimilarás a mí”.

... Y Tú me gritaste desde lejos: “¡Soy quien soy!” Yo oí esto como se oye con el corazón, y ya no tenía motivo alguno de duda, y antes hubiese dudado de mi vida que de la existencia de la verdad “vuelta visible a la inteligencia a través de la creación” (Rom 1,20) La fe como proceso pasivo

Cap. 11

Y yo clavaba los ojos en las cosas que se encuentran por debajo de Ti, y reconocí que ni ellas son absolutamente, ni no son absolutamente. Son, puesto que vienen de Ti; no son, puesto que no son lo que Tú eres. Puesto que verdaderamente es lo que permanece inmutable. “Lo que es bueno para mí es la unión con Dios”, pues si no permanezco en Él tampoco podré permanecer en mí mismo. Pero Él “permanece en sí mismo y lo renueva todo”, y “Tu eres mi Señor, puesto que no tienes necesidad de mis bienes”. Fe: Dios el único absoluto

Cap. 16

Y comprendí por experiencia que no resulta sorprendente que, para un paladar enfermo, hasta el mismo pan, tan agradable al órgano sano, parezca malo; que a unos ojos enfermos, la luz les sea odiosa, cuando es amable a los ojos normales... He buscado qué es el mal y he encontrado que no es sustancia, sino perversidad de una voluntad que se aleja de la sustancia soberana, de Ti, Dios mío, hacia las cosas bajas; que “rechaza las entrañas” y no es más que tumescencia en el exterior.

Cap. 17

Yo me sorprendía de amaros ya, y de no amar a un fantasma en lugar de a Ti. Este goce que tenía de mi Dios no era un goce estable, me sentía atraído hacia Ti por vuestra belleza, pero pronto mi propio peso me arrancaba de Ti, y volvía a caer sobre el suelo, gimiendo. Este peso eran mis costumbres carnales. Pero vuestro recuerdo permanecía conmigo... Y buscando sobre qué... me hacía capaz de juicios equitativos sobre estas cosas mutables, cuando yo decía: “Esto debe ser así, eso no debe ser así”, buscando algo, digo, en qué me fundaba para juzgar cuando juzgaba así, había descubierto la eternidad inmutable y verdadera de la verdad, por encima de mi espíritu cambiante. Fe: verdad inmutable. Discernimiento.

Cap. 18

Buscaba el medio de adquirir la fuerza que me permitiese gozaros, y no la encontraba, porque tenía que encontrar “al mediador entre Dios y el hombre, al hombre Jesucristo”, “el cual es,

por encima de todas las cosas, Dios eternamente bendito”, el que nos llama y nos dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, que mezo a la carne...

No era todavía lo suficiente humilde para poseer a Jesús, el Dios de humildad; todavía no comprendía las lecciones que su debilidad nos da... **Fe y humildad**

LIBRO OCTAVO

Cap. 5

... El enemigo tenía en sus manos mi voluntad, y con ella había forjado una cadena que le servía la sumisión a la pasión la que crea la costumbre, y es la no resistencia a la costumbre la que crea la necesidad. Por todos estos anillos entrelazados –hace poco hablé de una cadena– yo seguía sometido a dura servidumbre... **Importancia de voluntad.**

Cap. 9

... El alma manda al cuerpo, y es obedecida inmediatamente. El alma se manda a sí misma, y encuentra resistencia...

Es debido a que no quiere totalmente; por consiguiente, no ordena totalmente. Sólo ordena en la medida como quiere, y el desfallecimiento de la ejecución está en relación directa con el desfallecimiento de su voluntad, puesto que la voluntad llama al ser una voluntad que no es más que ella misma. Por consiguiente, no ordena plenamente; he aquí por qué su orden no se ejecuta. Si toda ella se entregase a su mano, no tenía necesidad de ordenarse a sí misma que fuese, y sería ya. Esta voluntad compartida que quiere a medias, y a medias no quiere, no es, por consiguiente, un prodigio; es una enfermedad del alma. La verdad se levanta, sin conseguir levantarla por completo, porque la costumbre pesa sobre ella con todo su peso. **Lo propio mío es mi mera libertad y querer.**

Cap. 11

... El mal inveterado tenía mayor imperio sobre mí que el bien, nuevo para mí. Y más el instante en que mi ser debía cambiar iba aproximándose, más aumentaba mi pavor; no era ni rechazado ni desviado de mi camino, pero permanecía en suspenso.

Lo que me retenía eran aquellas miserias de miserias, aquellas vanidades de vanidades, mis antiguas amigas, que me tiraban suavemente del vestido de carne, y me murmuraban en voz muy queda: “¿Vas a rechazarnos? ¡Cómo! ¿A partir de este momento, esto y eso, y lo de más allá, ya no te será permitido, jamás, jamás?” Y cuanto ellas me sugerían en aquello que llamo “esto y eso”, ¡lo que me sugerían, oh Dios mío! ¡Que vuestra misericordia lo borre del alma de vuestro servidor! ¡Qué basuras! ¡Qué infamias! Pero yo sólo oía su voz a medias, pues ellas no me abordaban en pleno rostro, como por una leal contradicción; cuchicheaban a mis espaldas, y cuando quería alejarme, tiraban de mí furtivamente, para hacerme volver la cabeza. Conseguían retrasarme, pues yo vacilaba en rechazarlas, a librarme de ellas para irme adonde me llamaban; y la todopoderosa costumbre me decía: “¿Te imaginas que podrás vivir sin ellas?”.

Pero ya no me hablaba, ella misma, con otra voz que no fuese lánguida; pues del lado hacia donde volvía mi frente, y por donde temía pasar, se desvelaba la dignidad casta de mi conciencia; serena, sonriente, sin nada lascivo, me invitaba con modales llenos de nobleza a aproximarme sin vacilación. Ella tendía, para recibirme y estrecharme, sus piadosas manos, llenas de una multitud de buenos ejemplos. Tantos niños, jovencitas, una numerosa juventud,

todas las edades, viudas venerables, mujeres encanecidas en la virginidad; y en estas santas almas la continencia no era estéril; era la madre fecunda de los hijos de la felicidad que Tú le das, oh Señor, Tu, su esposo.

Parecía decirme, con una ironía alentadora: “¡Cómo! ¿No podrás hacer lo que han hecho estas criaturas, estas mujeres? ¿Es en ellos mismos, y no en el Señor su Dios, como esto les es posible, a los unos y a los otros? Es el Señor su Dios quien me ha dado a ellos. ¿Por qué apoyarte en ti mismo, y vacilar? Lánzate atrevidamente. Él te recibirá. Él te curará”... Toda esta cuestión tenía lugar en mi corazón; y era un duelo entre yo y yo. Y Alipio, a mi lado, esperaba en silencio el fin de la crisis.

Cap. 12

... me levanté y me alejé de Alipio. La soledad me parecía deseable para la libertad de mis lágrimas, y me retiré lo suficiente lejos para que su presencia no me causase molestia.

Tal era mi estado, y él se dio cuenta de ello, pues no sé qué palabra se me había escapado, en la que vibraba un sonido de voz empapado en lágrimas. Me había levantado. Él permaneció en el lugar adonde nos habíamos sentado, presa de profundo estupor. Yo fui a tenderme, no sé cómo, debajo de una higuera; y di rienda suelta a mis lágrimas, y las fuentes de mis ojos brotaron, ¡sacrificio digno de ser acogido! Y os hablé, si no en estos términos, por lo menos en este sentido: “¿Y Tú, Señor, hasta cuándo? ¿Hasta cuándo, Señor, permanecerás irritado? ¡No guardes ya más el recuerdo de mis iniquidades pasadas!” Pues yo sentía que aún me retenían. Y exclamaba con sollozos: “¿Cuánto tiempo, todavía cuánto tiempo será “mañana”, y todavía “mañana”? ¿Por qué no en seguida? ¿Por qué no acabar, inmediatamente, con esta mi vergüenza?”

... la interpretación que entreveía era que una orden divina me indicaba que abriese el libro del Apóstol, y que leyese el primer capítulo sobre el cual se posasen mis ojos...

Me apresuré, pues, a regresar al sitio donde se encontraba Alipio, sentado; pues, al levantarme, había dejado allí el libro del Apóstol. Lo cogí, lo abrí, y leí en voz baja el primer capítulo en el que se posaron mis ojos: “No viváis en los festines, en los excesos de vino, ni en las voluptuosidades impúdicas, ni en las querellas y los celos; revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no busquéis el modo de contentar a la carne en sus deseos”. No quise leer nada más; no lo necesitaba. Al acabar de leer estas líneas, llenó mi corazón una especie de luz de seguridad, que disipó todas las tinieblas de mi certidumbre. **Fe y seguridad: ‘sin dubitar ni poder dubitar’.**

LIBRO NOVENO

(Muerte de Mónica)

LIBRO DÉCIMO

Cap. 2

Me conoces, pues, Señor, tal como soy. Ya te he dicho con qué objeto me confieso a Ti. Estas confesiones te las hago no con palabras ni con gritos carnales, sino con estas palabras del alma, con este clamor del pensamiento que conoce tu oído. Cuando soy malo, mi confesión representa el desagrado que siento de mí mismo; cuando soy bueno, confesarme contigo consiste, simplemente en no otorgarme el mérito de ello, puesto que eres Tú, Señor, quien

“bendices al justo”, pero no sin haberlo justificado antes como pecador. Así, pues, mi confesión, Dios mío, tal como la hago ante Ti, es silenciosa y no lo es; **mi voz se calla, pero mi corazón grita. No digo a los hombres nada verdadero que no hayas oído antes de mí, y nada oís de mí que no hayas dicho antes.** **Fe y propio conocimiento.**

Cap. 6

Lo que siento de un modo no dudoso, sino cierto, Señor, es que te amo. Habéis taladrado mi corazón con tu palabra, y te he amado ya. Pero he aquí que de todas partes, el cielo, la tierra, y cuanto contienen me dicen que te ame, y no cesan de decirlo a todos los hombres...

Pero ¿qué amo yo al amaros? No es la belleza de los cuerpos, ni su gracia precedera, ni el brillo de la luz, esta luz tan cara a mis ojos, ni las dulces melodías de las cantinelas de tonos variados, ni el suave aliento de las flores, de los perfumes y de los aromas, ni el maná, ni la miel, ni los miembros hechos para los abrazos de la carne. No; no es eso, todo eso, lo que yo amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, hay una luz, una voz, un perfume, un alimento, un abrazo que yo amo cuando amo a mi Dios; es la luz, la voz, el perfume, el abrazo del “hombre interior” que existe en mí, allí donde brilla para mi alma una luz que no limita ninguna extensión, donde brotan melodías que no se lleva el tiempo, donde se exhalan perfumes que no se disipan con el soplo de los vientos, donde se paladea un manjar que ninguna voracidad hace desaparecer y abrazos que ninguna saciedad consigue desenlazar. He aquí lo que yo amo cuando amo a mi Dios. **Fe: estabilidad de la experiencia de Dios**

¿Quién es, pues, ese Dios al que amo?

Interrogué a la tierra, y me contestó: “Yo no soy tu Dios”. Cuanto vive en su superficie me ha contestado lo mismo: he interrogado al mar y a sus abismos, a los seres animados que en él evolucionan, y me han contestado: “No somos tu Dios; busca por encima de nosotros”. He interrogado a los soplos aéreos, y el reino del aire con sus habitantes me contestó: “Anaximenes se equivoca; yo no soy Dios”. Interrogué al cielo, al Sol, a la Luna, a las estrellas: “Tampoco somos Dios, el Dios que tu buscas”, me afirmaron. Entonces dije a todos los seres que rodean las puertas de mis sentidos: “Habladme de mi Dios; puesto que lo sois, decidme algo de Él”. Y me gritaron con su voz poderosa: “Él es quien nos hizo”. Yo les interrogaba con mi propia contemplación y su contestación era la belleza.

Entonces, volviéndome hacia mí mismo, me dije: “¿Y tú, quién eres?” Y yo contesté: “¡Soy hombre!” Tengo a mi servicio un cuerpo y un alma, el uno al exterior, la otra al interior. ¿A cuál de esos dos elementos debía pedir aquel Dios que ya había buscado con mi cuerpo desde la tierra hasta el cielo, hasta tan lejos como podía enviar el mensaje de los rayos de mis ojos? Pero más precioso es en mí el elemento interior. Puesto que es a él a quien rendían cuentas, como a un presidente y un juez, todos los mensajeros de mi carne...

Cap. 19

... Cuando la misma memoria pierde algo, como ocurre cuando olvidamos e intentamos recordar, ¿adónde buscamos, sino en la memoria? Si nos presentan una cosa por otra, la apartamos hasta que venga a ofrecerse la que buscamos; y cuando llega por fin, exclamamos: “¡Aquí está!”, cosa que no diríamos si no la reconociésemos; pero, para reconocerla, es preciso que guardemos su recuerdo. En realidad la habíamos olvidado.

[...]

Es lo que ocurre cuando una persona conocida nuestra se ofrece a nuestros ojos o a nuestro pensamiento, sin que recordemos su nombre. Este nombre lo buscamos; si un nombre que no es el suyo se ofrece a nosotros, no lo unimos a su persona, puesto que esta asociación no se ha formado jamás en nuestro pensamiento; lo rechazamos, hasta que se presente aquel en que

nuestra noción acostumbrada de esta persona halle, de un modo completo, la satisfacción deseada. ¿Pero de dónde sale este nombre si no es de nuestra memoria? Cuando lo reconocemos, gracias a la amable ayuda ajena, sale de ella. No es nada nuevo para nosotros, a lo que prestamos fe; no, nos acordamos de ello entonces, y declaramos que es aquello. Si estuviese completamente borrado en nosotros, ningún *memento* despertaría en nosotros el recuerdo.

Acordarme de haber olvidado algo equivale a no haberlo olvidado totalmente. Al perderse un objeto, no iríamos a buscarlo si no nos hubiese quedado ningún recuerdo de él.

Cap. 20

¿Cómo buscarte, pues, Dios mío? **Cuando te busco, Dios mío, busco la felicidad.** ¡Ah! ¡Pueda yo buscarte para que viva mi alma! ¡Pues mi cuerpo vive de mi alma, y mi alma vive de Ti! ¿Cómo, entonces, buscar la felicidad, puesto que no la poseo... **La felicidad, ¿no es la que quieren todos, aquello a lo cual no hay nadie que deje de aspirar?** ¿Adónde la han conocido, para quererla así? ¿Adónde la han visto, para amarla de tal modo? Evidentemente, la poseemos; ¿cómo? No lo sé. Hay cierta medida de felicidad que basta poseer para ser feliz; otros son felices en esperanza. Estos sólo tienen una dosis de felicidad inferior a aquellos que están ya en posesión de la felicidad; pero, sin embargo, tienen más suerte que aquellos que no son felices ni de hecho ni de esperanza. Y aun estos desheredados deben conocer algo, pues de no ser así no tendrían esa voluntad de ser felices, voluntad que en ellos resulta dudosa. Sí, la conocen; pero ¿cómo? No lo sé. Tienen de ella no sé qué noción. Y el problema que me preocupa es el de determinar si esa noción reside en la memoria; si reside allí, es que antaño fuimos felices. ¿Lo fuimos todos individualmente, o solamente en aquel hombre que, el primero, cometió pecado... No quiero examinarlo ahora; quiero averiguar, simplemente, si la noción de vida feliz se encuentra en la memoria. Si no la conocemos, no podemos amarla. Si no la conociéramos, no la querríamos. Apenas oímos su nombre, y en seguida confesamos todos que aspiramos a la cosa... Y es que la cosa significada no es por sí misma ni griega ni latina; y es ella la que... (todos) sueñan alcanzar. **Es, pues, conocida de todos los hombres; si pudiésemos preguntarles, en una interrogación única, si quieren ser felices, todos, sin vacilar, contestarían que sí. Unanimidad inverosímil, si su memoria no conservase algún recuerdo de la realidad que esta palabra expresa. Fe y felicidad.**

Cap. 21

¿Este recuerdo es el mismo género que el recuerdo que conserva de Cartago aquel que lo vio? No; **la felicidad no se ve con los ojos, porque no es un cuerpo.**

¿Es del mismo género que el que conservamos de los números? No; pues quien conoce los números no busca ya el modo de adquirir su posesión, mientras que **es la noción que tenemos de la felicidad lo que nos la hace amar; y, sin embargo, queremos aún alcanzarla para ser felices.**

¿Es del mismo género que el que guardamos de las reglas de la elocuencia? No; aunque al oír esa palabra los que todavía no son elocuentes piensan en la cosa por sí misma... Sin embargo, es por los sentidos corporales como han conocido la elocuencia ajena y la han gustado, como esperan y desean disfrutarla. Es cierto que ese mismo placer implica la posesión de una noción interior, y si no la hubiesen gustado, tampoco desearían ser oradores. Pero la felicidad, no hay sentido corporal que la revele en los demás.

¿Ocurre con este recuerdo como con el recuerdo de la alegría? Quizá sí; pues me acuerdo, en la tristeza, de mi alegría, igual como en mi miseria pienso en la felicidad. Pero esta alegría no ha sido jamás para mí sensible ni a la vista, ni al oído, ni al olfato, ni al gusto, ni al tacto; la he

experimentado en mi alma, cuando me he alegrado, y la noción de ella ha quedado unida a mi memoria, para que pueda recordarla... Se dio el caso de sentirme inundado por ella en ocasiones vergonzosas que hoy recuerdo todavía con desprecio, con horror; a veces, también, por razones legítimas y honorables, cuyo recuerdo se acompaña, para mí, de remordimientos. Y como éstas a veces me son negadas, evoco con tristeza mi alegría pasada.

Pero ¿dónde y cuándo conocí por experiencia mi felicidad, para poder recordarla, amarla, desearla así? Y no se trata solamente de mí, o de un pequeño grupo selecto; todos, sí, todos queremos ser felices. Una noción menos firme no nos inspiraría una tan firme voluntad. Entonces, ¿qué significa esto? Preguntad a los hombres si quieren llevar armas; es posible que el uno conteste que sí y el otro que no. Pero preguntadles si quieren ser felices, y ambos contestarán sin vacilar que tal es su deseo. ... de igual modo que se avendrían en su contestación al darla a quien les preguntase si quieren tener alegría. Esta alegría misma es lo que llaman la felicidad, objetivo único al cual tiende cada cual por su propio camino, para llegar a la alegría. Como no hay nadie que pueda pretender que no ha conocido la alegría, se la vuelve a encontrar en la memoria y se la reconoce cuando se oye pronunciar la palabra “felicidad”. **Fe y felicidad.**

Cap. 22

Lejos de mi corazón, lejos del corazón de tu servidor que se confiesa contigo, Señor, la idea de que cualquier alegría pueda hacerme feliz. Pues hay una alegría que no ha sido dada a los impíos, sino a aquellos que te sirven por amor a Ti, y tú mismo eres esa alegría. ¡Hela aquí, la felicidad! Alegrarse de Ti, por Ti, a causa de Ti; hela aquí, y no existe otra. Los que se imaginan que hay otra, persiguen otra alegría que no es la verdadera. Y, sin embargo, hay siempre cierta imagen de alegría, que su voluntad no cesa de perseguir. **Fe y felicidad.**

Cap. 23

¿No sería cierto, pues, que todos quieren ser felices, puesto que los que no buscan su alegría en Ti, que sois la única vida feliz, no quieren, por ese mismo hecho, la vida feliz? ¿O no sería que todos la quieren, pero “la carne tiene apetencias contrarias al espíritu y el espíritu contra la carne” (Gal 5, 17), no hacen lo que quieren, se agarran a lo que pueden y se contentan con ello, puesto que lo que no pueden no lo quieren con una voluntad lo suficiente fuerte para poderlo?

Yo pregunto a todos: ¿adónde prefieren encontrar la alegría: en la verdad o en la mentira? Vacilan tan poco al preferir la verdad como al afirmar que quieren ser felices. Pues bien: la alegría que nace de la verdad: he aquí la felicidad. Pues es la alegría que viene de Ti, que eres la Verdad misma, oh Dios, “mi luz, salvación de mi rostro, Dios mío”. Sí; esta vida feliz la quieren todos; esta vida, que es la única feliz, la quieren todos; la alegría que nace de la verdad, todos la quieren.

He visto mucha gente que deseaba engañar al prójimo; no he visto a nadie que quisiese ser engañado. ¿De dónde, pues, han sacado esa noción de la vida feliz, sino del mismo sitio de donde sacaron la de la verdad? También aman la verdad, puesto que no quieren ser engañados; y al amar la vida feliz, que no es más que la alegría nacida de la verdad, aman también, naturalmente, a la verdad; y no la amarían si, en su memoria, no subsiste de ella alguna idea.

¿Por qué, pues, no encuentran en ella su alegría? ¿Por qué no son felices? Porque se hallan fuertemente preocupados de otras cosas que les vuelven más desgraciados...

Pero, ¿de dónde viene que “la verdad engendre el odio”? ¿De dónde viene que vean a un enemigo en el hombre que la anuncia en vuestro nombre, cuando se ama la vida feliz, que no

es más que la alegría nacida de la verdad? Esto es debido a que **la verdad es tan amada, que los que aman algo más que no sea ella, quieren que lo que aman sea la verdad; y como no admiten que puedan equivocarse, tampoco admiten que les demuestren su error.** He aquí por qué odian la verdad, por amor a lo que toman por la verdad. Aman la luz; detestan los reproches...

Así, así, así está hecho el corazón humano. Ciego y perezoso, indigno y deshonesto, quiere permanecer oculto, pero no admite que nadie le siga oculto. Lo que pasa es que no escapa a la mirada de la verdad, mientras que la verdad escapa a su mirada. Y, sin embargo, por muy lamentable que sea, prefiere encontrar su alegría en la verdad que en la mentira. Será feliz, por consiguiente, cuando sin obstáculos ni molestias disfrute de la única Verdad, de la que mana toda verdad. **Fe, verdad y felicidad.**

Cap. 24

Ved cómo he recorrido los espacios de mi memoria, buscándote, Dios mío, y no te he encontrado fuera de ella. No; nada he encontrado de Ti que no lo haya recordado, desde el día en que aprendí a conoceros, pues a partir de aquel día no os he olvidado ya. **Donde he encontrado la verdad, allí he encontrado a mi Dios que es la verdad misma,** y desde el día en que encontré a la verdad, ya no he vuelto a olvidarla. He aquí por qué, desde que te conozco, permaneces en mi memoria. Allí te encuentro cuando me acuerdo de Ti y me deleito en Ti. He aquí mis santas delicias, don de vuestra misericordia que ha lanzado sobre mi pobreza su mirada compasiva. **Fe y verdad**

Cap. 26

Pero, ¿dónde te he encontrado, para aprender a conocerte? No estabas todavía en mi memoria, antes de que te conociese. ¿Dónde, pues, te he encontrado, para conocerte, si no es en Ti, encima de mí? **Entre Ti y nosotros no hay espacio. Que vayamos a Ti, que nos alejemos de Ti, no hay espacio. Eres la verdad, y te hallas en todas partes,** para contestar a lo que os consultan, y Tú contestas a un mismo tiempo a todas las diversas consultas que te son formuladas... **¿Fe y espacio?**

Cap. 27

¡Tarde te he amado, Belleza tan antigua y tan nueva, tarde te he amado! ¡Y **estabas en mi interior, y yo estaba fuera de mí mismo!** Y te buscaba fuera de mí; me arrojaba, en mi fealdad, sobre la gracia de tus criaturas. **Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo,** retenido lejos de Ti por esas cosas que no serían sino fuesen en Ti. Me has llamado, y tu grito ha forzado mi sordera; Tú has brillado, y tu resplandor ha alejado mi ceguera; Tú has exhalado tu perfume, yo lo he aspirado, y he aquí que ahora suspiro por Ti; **te he probado y tengo hambre de Ti; Tú me has tocado, y ardo en ardor por la paz que das.** **Fe y experiencia**

Cap. 28

Aunque estuviese unido a Ti con todo mi mismo, no habría ya para mí ni dolor ni fatiga; mi vida, toda llena de Ti, será entonces la verdadera vida. **Aquel a quien tú llenas, lo aligeras. Actualmente no me encuentro todavía lleno de Ti, y por eso me peso a mí mismo.** Mis alegrías, de las que debería llorar, luchan aún con mis tristezas, de las que debería alegrarme. ¿De qué lado será la victoria? Lo ignoro.

¡Señor! ¡Ten piedad de mí! ¡Pobre de mí! Mira que no oculto mis llagas. Tu eres el médico y yo el enfermo; Tu eres el misericordioso y yo el miserable. ¿La vida humana sobre la tierra es nada más que “tentación”? ¿Quién puede desear molestias y dificultades? Tu ordenas que las soportemos, no que las amemos. Nadie ama lo que soporta, aunque ame soportarlo. Uno se alegra de soportar, pero preferiría no tener nada que soportar. **Aspiro a la felicidad en la adversidad; en la felicidad temo la adversidad.** Entre esos dos estados, ¿hay un intermedio, en que la vida humana no sea una “tentación”? **¡Malditas sean las prosperidades del siglo!**; sí, malditas sean dos veces: por la adversidad que en ellas se teme y por la caducidad que en ellas echa a perder la alegría! **¡Malditas sean las adversidades del siglo!** ¡Una vez, dos veces, tres veces malditas: por el deseo de guardar en ellas la felicidad, por la dureza de sus pruebas, por los riesgos que corre la paciencia! La vida humana sobre la tierra, ¿es algo más que una “tentación” ininterrumpida? **¿Fe y felicidad?**

Cap. 29

Toda mi esperanza está puesta en la grandeza de tu misericordia. Da lo que mandas, y manda lo que quieras. Nos ordenas la continencia. “Como sé, ha dicho alguien, que nadie puede tenerla si Dios no se la da, ya era sabiduría saber de dónde procedía ese don”. La continencia nos recompone, nos reconduce a aquella unidad que habíamos perdido al desparramarnos. No nos ama bastante quien ama, al mismo tiempo que Tú, al mismo tiempo que a Ti, cualquiera otra cosa, y no la ama por amor de Dios. ¡Oh amor que ardes siempre sin apagarte jamás! ¡Caridad, Dios mío, enciéndeme! Me ordenas la continencia: dame lo que ordenas, y ordena lo que quieras. **¿Sentido de la sexualidad? La continencia un don de Dios.**

Cap. 30

Me ordenas, ciertamente, que me defienda “contra la concupiscencia de la carne, contra la concupiscencia de los ojos y la ambición del mundo” (1 Jn 2, 16). **Has prohibido toda unión carnal ilegítima, y en cuanto al matrimonio, aunque lo permites, has enseñado que existe un estado que le es superior. Y gracias a tu don, he escogido este estado ya antes de convertirme en dispensador de tu sacramento. Pero todavía viven en mi memoria, de la que tanto he hablado, las imágenes de esos placeres; mis costumbres pasadas las han clavado en ella. Ellas se presentan a mí, débiles mientras me encuentro en estado de vela; pero cuando duermo provocan en mí no solamente el placer, sino el consentimiento en el placer y hasta la ilusión del acto.** Aunque irreales, ejercen tal acción sobre mi alma, sobre mi carne, que esas falsas visiones consiguen de mi sueño lo que las realidades no obtienen de mí cuando estoy despierto. ¿Soy, entonces, otro que yo mismo, Señor, Dios mío?... ¿De dónde viene que, a menudo, hasta durante el sueño, resistimos, no olvidamos nuestras firmes decisiones, seguimos lealmente fieles a ellas, y negamos nuestro asentimiento a los deleites de ese género? **Y, sin embargo, la diferencia es tan grande, que, cuando esa resistencia se debilita, volvemos a encontrar, cuando despertamos, el reposo de nuestra conciencia; y la misma distancia entre esos dos estados nos hace sentir que nosotros no somos precisamente los que hemos hecho lo que, muy contra nuestra voluntad, se ha verificado en nosotros.** **¿Sentido de la sexualidad? La continencia como don.**

Cap. 31

(Sobre la gula al comer) ... lo que basta para la salud no basta para el placer, y a menudo es posible pedirse uno mismo si es una necesidad física que reclama aún una satisfacción necesaria o un deseo voluptuoso que exige hipócritamente ser servido. Nuestra pobre alma se

siente encantada por esa incertidumbre, y se muestra hechizada al encontrar una excusa tutelar en la misma dificultad de ver claramente lo que basta para el sostén de la salud; con el pretexto de higiene, la voluptuosidad se satisface así, en silencio...

... nadie puede contenerse si Tu no le otorgas la gracia para ello...

Cap. 32

... hay en mí, cosa deplorable, una noche profunda que me disimula mis reales disposiciones, de modo que, cuando mi espíritu se interroga sobre sus propias energías, no se atreve a confiar demasiado en sí mismo, pues lo que descubre en él sigue siendo misterioso la mayoría de las veces, si la experiencia no se lo descubre del todo. Por consiguiente, nadie debe considerarse como en seguridad en esta vida, que ha sido llamada “una tentación permanente”; cuando de malo uno se ha vuelto mejor, puede muy bien volverse peor después de ser mejor. La única esperanza, la única confianza, la única promesa es tu misericordia. Inseguridad radical en uno mismo. Propia sospecha.

Cap. 36

... Por el temor de Ti que me has dado, has domado mi orgullo y acostumbrado mi cuello a tu yugo. Ahora lo llevo puesto, y me es suave, según tu promesa, que has cumplido. En verdad: ya era suave, pero yo lo ignoraba, cuando temía sujetarme a él.

Pero dime, Señor, Tú que eres el único en ejercer sin orgullo tu poder, porque eres el único verdadero dueño, sin tener dueño: ¿estoy también libre -¿puede uno serlo jamás en esta vida?- de esta tercera especie de tentación, consistente en querer ser temido y amado de los hombres para extraer de ello una alegría que no es una alegría? ¡Miserable vida y muy repugnante vanidad! Ésa es también una de las razones principales que hacen que no se te ame y que no se sienta por Ti un temor piadoso...

Hay en la sociedad humana ciertos deberes que nos obligan a hacernos temer de los hombres; el enemigo de nuestra verdadera felicidad nos presiona, y a veces recubre sus trampas con sus elogios y halagos, para que nuestra avidez por recoger esas engañosas alabanzas nos haga caer en el cepo sin saberlo. Lo que quiere es que cesemos de unir nuestra alegría a la verdad, para unirla también a la mentira de los hombres; y que encontremos gusto en hacernos amar y temer, no a causa de Ti, sino en lugar Tuyo... Fe: ¿dónde ponemos nuestra felicidad? (Problema de la vanidad >> gratuidad

Cap. 37

... Si el elogio es el compañero habitual y obligado de una vida buena y de las buenas acciones, no hay que renunciar a su compañía ni a la misma vida buena. Sin embargo, no reconozco si soporto con indiferencia o desagrado la privación de un bien hasta que este bien ha desaparecido.

¿Qué debo, pues, confesarte, Señor, para las tentaciones de esa categoría? Soy muy sensible al elogio, pero todavía lo soy más a la verdad que al elogio. Pues si me proponían escoger entre un elogio universal, obtenido con mi locura o mi error en tales sujetos, y un reproche universal, salario de mi firme e inquebrantable adhesión a la verdad, sé muy bien lo que escogería...

... No nos has prescrito solamente la continencia, que nos enseñe de qué debe abstenerse nuestro amor, sino también la justicia que le muestra hacia qué debe dirigirse; y no has querido que sólo te amemos a Ti, sino también a nuestro prójimo...

Cap. 43

El verdadero mediador que, en tu misericordia misteriosa, has enviado y mostrado a los hombres, para que a ejemplo suyo aprendiesen la humildad, este “mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo”, ha aparecido entre los pecadores mortal y justo inmortal, mortal como los hombres, justo como Dios. Y como la vida y la paz son la recompensa de la justicia, por la justicia que le une a Dios, ha anulado la muerte en los impíos justificados, que ha querido compartir con ellos. Él ha sido designado a los santos de los viejos días, para que la fe en su pasión futura los salvase, como somos salvados por la fe en su pasión realizada. En la medida en que es hombre, es también mediador; pues en tanto que Verbo no es intermediario, siendo igual a Dios, Dios cerca de Dios, y Dios único al mismo tiempo. **Fe: Jesucristo único mediador como hombre**

LIBRO UNDÉCIMO**Cap. 2**

... He aquí que tu palabra es mi alegría; sí, tu palabra es una alegría superior a todas las voluptuosidades. Dame lo que amo, puesto que lo amo. Eres Tú quien me habéis concedido también amar. No abandones estos dones que son tuyos, no desprecies esta hierba cuando está sedienta...

... Yo os conjuro, por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, el hombre de tu diestra, el Hijo del hombre, al que habéis confirmado como mediador entre nosotros y Tú; por quien nos has buscado cuando no te buscábamos, y buscado para que te buscáramos. En nombre de ese Verbo, por el cual habéis hecho todos los seres, uno de los cuales soy yo; de ese Hijo único por el cual habéis llamado a la adopción al pueblo de los creyentes, de los que también formo parte; en nombre de Aquel “que está sentado a vuestra diestra e intercede por nosotros, y en el que están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia” (Rom 8, 34). Es a Él a quien busco en tus libros...

Cap. 7

Así nos llamas a comprender el Verbo, que es “Dios cerca de Ti, igualmente Dios”, que se ha pronunciado por toda la eternidad y en el cual todo está pronunciado por toda la eternidad. No existe ahí un orden de sucesión tal que, una vez articulado, su articulación sea sucedida por otra, de modo que todo pueda ser dicho; no, todo está dicho, al mismo tiempo y eternamente. En caso contrario, habría ahí orden temporal, vicisitud; ya no sería la verdadera eternidad, no la verdadera inmortalidad.

... Por consiguiente, con este Verbo que te es eterno dices eternamente lo que dices y cuanto ordenas que sea comienza a ser. Sólo creas por la palabra; y, sin embargo, las cosas que creas con tu palabra no reciben el ser todas a la vez no por toda la eternidad.

Cap. 11

(Intuición del esplendor de la eternidad siempre inmóvil) ... comparando ésta a la perpetua movilidad de los tiempos, ella verá que es incomparable; que la duración, por larga que sea, sólo es larga por la sucesión de un cierto número de movimientos que no pueden desarrollarse simultáneamente, mientras que en la eternidad no existe sucesión, todo en ella es presente a la vez, cosa que no ocurre con el tiempo; vería que todo el pasado es expelido por el porvenir;

que todo el futuro sigue al pasado, que todo el pasado y el futuro tienen su propio ser y fluyen del eterno presente. ¿Quién detendrá el pensamiento del hombre, para que, estabilizado, observe cómo la eternidad siempre estable, y que no tiene en sí ni porvenir ni pasado, determina el porvenir y el pasado?...

Cap. 12

He aquí lo que contesto a quien pregunta: “¿Qué hacía Dios antes de crear el cielo y la tierra?”

No quiero apropiarme la regocijante contestación que un día sirvió, según dicen, para eludir esa temible pregunta: “Preparaba la gehenna para los que escrutan misterios como éste”. Ver claro es una cosa, y chancearse es otra. No; yo no contesto así. Prefiero decir: “No lo sé”, cuando no lo sé, que apelar a bromas a cuenta de quien se informa sobre un problema difícil, y con el elogio a quien contesta con una falsedad. Peligro de una teología-ficción...

Cap. 14

¿Qué es, pues, el tiempo? Cuando nadie me lo pregunta, lo sé; cuando se trata de explicarlo, ya no lo sé. Sin embargo, y esto me atrevo a afirmarlo osadamente, sé que, si nada pasase, no habría tiempo pasado; que si nada ocurriese, no habría tiempo por venir; que si nada fuese, no habría tiempo presente.

¿Pero esos dos tiempos, el pasado y el porvenir, cómo son, puesto que el pasado ya no es y que el porvenir todavía no es? El mismo presente, si siempre fuese presente, sin perderse en el pasado, ya no sería tiempo; sería eternidad. Entonces, si el presente, para ser tiempo, debe perderse en el pasado, ¿cómo podemos afirmar que él también es, puesto que la única razón de su ser es el no ser ya? De modo que, en realidad, si tenemos el derecho de decir que el tiempo es, es porque se encamina al no-ser.

Cap. 17

¿Quién se atrevería a decirme que no existen tres tiempos, como nos lo enseñaron cuando éramos niños y tal como lo hemos enseñado a los niños: el pasado, el presente y el futuro, y que sólo existe el presente, puesto que los otros dos no son? ¿O hay que decir que también existen, pero que el presente sale de no sé qué misterioso retiro, cuando el futuro se convierte en presente, y que el pasado se retira a un refugio igualmente misterioso, cuando el presente se convierte en pasado?

Cap. 20

Lo que ahora me parece claro y evidente es que, ni en el futuro, ni en el pasado, no son. Resulta, pues, que el uno dice impropriamente: “Hay tres tiempos: el pasado, el presente, y el futuro”. Más exactamente podría decirse, quizás: “Hay tres tiempos: el presente del pasado, el presente del presente y el presente el futuro”. Estas tres maneras están en nuestro espíritu, y no las veo en ninguna otra parte. El presente de las cosas pasadas es la memoria; el presente de las cosas presentes es la visión directa; el presente de las cosas futuras el la espera. Si se me permiten esas expresiones, entonces veo tres tiempos, sí, convengo en ello: son tres.

Cap. 21

Pero ¿de dónde viene, por dónde pasa, adónde va el tiempo, cuándo lo medimos? ¿De dónde, sino del futuro? ¿Por dónde, sino por el presente? ¿Dónde, sino hacia el pasado? **Salido de lo que todavía no es, atraviesa lo que es inesperado, para perderse en lo que no es ya.**

Lo que pedimos, ¿qué es, sino el tiempo en cierto espacio?...

Cap. 24

Así, pues, el movimiento de un cuerpo es una cosa, y la medida de la duración de este movimiento es otra. ¿Quién no comprende desde entonces a cuál de esas dos nociones hay que atribuir el nombre de tiempo? A veces, un cuerpo se mueve con movimiento desigual, y a veces permanece inmóvil; es por el tiempo como medimos no solamente su movimiento desigual; es por el tiempo como medimos no solamente su movimiento, sino también su reposo. Ha permanecido en reposo tanto tiempo como en movimiento, o dos veces, hasta tres, y toda estimación precisa, o, como dicen, aproximada, es obtenida por nuestra mensuración.

Cap. 26

Concluyo de eso que el tiempo sólo es una extensión; pero una extensión de qué, ya no lo sé. Sería algo sorprendente que no fuese una extensión del propio espíritu. Pues yo os pregunto, Dios mío: ¿qué mido, cuando digo, aunque sea aproximadamente: “Tal tiempo es más largo que tal otro”; o bien, de un modo preciso: “Este tiempo es doble que aquél”? Mido el tiempo, y esto lo sé. Pero no mido el porvenir, puesto que todavía no es; no mido el pasado, que ya no es. ¿Qué mido, pues? ¿Es el tiempo mientras pasa, no el tiempo pasado ya?...

Cap. 27

... Y, sin embargo, medimos el tiempo; pero no es ni el que es todavía, ni el que no es ya, ni el que no se extiende sobre ninguna duración, ni el que no tiene límites. No es, pues, ni el tiempo presente, ni el tiempo que pasa, lo que medimos. ¡Y, sin embargo, medimos el tiempo! [...]

En ti, espíritu mío, mido el tiempo. No me contradigas, porque realmente es así. No me contradigas tampoco tú mismo, dejándote arrastrar por la fluencia tumultuosa de tus impresiones. Lo repito: en ti mido el tiempo. La impresión que dejan en ti las cosas que pasan subsiste cuando ellas han pasado ya; es ella la que mido cuando está presente, y no las realidades que, habiéndola suscitado, han pasado ya. Es ella a quien mido cuando mido el tiempo. Por consiguiente: o eso es el tiempo, o lo que mido no es tiempo.

Cap. 28

Quiero cantar un fragmento que me sé de memoria; antes de empezar, mi atención y mi espera se tienden hacia el conjunto del fragmento; cuando he empezado, cuanto dejo caer en el pasado viene a poner también en tensión mi memoria. **Toda mi actividad está, pues, tendida en dos direcciones: es memoria, en relación con lo que he dicho; es espera, en relación con lo que voy a decir.** Y, sin embargo, mi atención permanece presente, ella por la cual lo que todavía no era pasa a lo que ya no es. Y a medida que este movimiento se desarrolla, la memoria se enriquece con cuanto pierde la espera, hasta el momento en que la espera se encuentra completamente agotada, puesto que mi acto ha terminado y pasado ya por completo a mi memoria. Y lo que se produce con el conjunto del fragmento cantado, se produce por cada una de sus partes, por cada una de sus sílabas. Lo mismo ocurre con una acción más

ancha...; lo mismo ocurre con la vida entera del hombre, de la cual los actos el hombre constituyen otras tantas partes; lo mismo, en fin, con la historia de todas las generaciones humanas, cada vida individual de las cuales también es sólo una parte.

Cap. 29

Pero “tu misericordia vale más que toda la vida”, y he aquí que mi vida sólo es disipación; y “tu mano me ha recogido” en mi Señor, el Hijo del Hombre, el Mediador entre tu unidad y nuestra pluralidad, mediador en tantas cosas y por tantos medios, con el fin de que “por él alcance Aquel que, por él me ha recogido”, y que reuniendo mi ser libre de los viejos días me una a tu Unidad. “Olvidando lo que se halla tras de mí”, sin aspiración inquieta hacia lo que debe venir y pasar, tendido solamente hacia las cosas presentes, persigo, por un esfuerzo exclusivo de todo cuanto me dispersa, esta “palma de la vocación celeste”, allí donde “oiré tus palabras de elogio, donde contemplaré tu alegría” que no viene ni se va.

Actualmente, “mis sueños transcurren entre gemidos”, y Tú, consuelo mío, Señor, Padre mío, sois eterno. Pero yo me he dispersado en el tiempo, cuyo orden me es desconocido. Mis pensamientos, que son la vida más íntima de mi alma, se sienten desgarrados por tantas vicisitudes tumultuosas, hasta el día en que, purificado y fundido por el fuego de tu amor, fluiré por completo en Ti. **¿Fe y tiempo?**

Cap. 30

... “¿Qué hacía Dios antes de crear el cielo y la tierra?”, o bien: “¿Cómo le ha venido la idea de hacer algo, puesto que nada había hecho antes?”

Concededles, Señor, que puedan reflexionar bien lo que dicen, y darse cuenta de que “jamás” no significa nada, ¿no equivale a decir que no ha hecho nada “en ningún tiempo”? Que vean, pues, que no podía haber tiempo antes de la creación, y que cesen de formular tamañas tonterías. Que también ellos tiendan su atención hacia lo que está “ante ellos”, que comprendan bien que existieses antes que todos los tiempos. Creador eterno de todos los tiempos, y que ningún tiempo, ninguna criatura, aunque se encontrase antes del tiempo, participa en tu eternidad.

LIBRO DUODÉCIMO

Cap. 16

No quiero, Dios mío, hablar de tu presencia con nadie más que con aquellos que admiten todas esas afirmaciones, que tu verdad ha sugerido a mi espíritu, en mi interior... **(No echar las perlas a los cerdos)**

Cap. 25

... Nada entienden del pensamiento de Moisés, pues sólo aman su propio pensamiento, no por su verdad, sino simplemente porque se trata de su pensamiento. De otro modo, amarían el pensamiento ajeno, desde el momento que fuese verdadero, como yo amo lo que dicen cuando dicen la verdad, no porque son ellos los que hablan, sino porque es la verdad. **Por el mismo hecho de ser verdadera alguna de sus opiniones, cesa de pertenecerles en propiedad. Pero si la aman porque es verdadera, entonces me pertenece igual que a ellos, puesto que se convierte en el bien común de cuantos aman la verdad.**

[...]

¡He aquí por qué, Señor, son temibles tus juicios! Es que tu verdad no me pertenece ni a mí ni tampoco a tal o cual; es de todos nosotros; y Tú nos llamas abiertamente a participar en ella, añadiendo esa advertencia terrible de que no debemos guardarla como bien privado si no queremos ser privados de ella por nosotros mismos. Quienquiera que reivindique para su uso personal ese bien cuyo goce has puesto en común y que quiera apropiarse de lo que pertenece a todos, queda relegado de ese fondo común a su propio fondo, pasando así de la verdad a la mentira, “pues quien dice una mentira habla de su propio fondo”. **Fe: nadie puede secuestrar la verdad.**

¡Oh Dios mío, juez excelente, Tú, la Verdad misma, óyeme, sí, oye lo que contesto a ese contradictor! Hablo ante Ti, ante mis hermanos que hacen “un uso legítimo de la ley” al coordinarla con “su fin, la caridad”. Oíd y ved lo que contesto, si así os place.

He aquí qué palabras fraternas y pacíficas quiero dirigirles: Cuando ambos vemos que lo que dices es verdad, cuando ambos vemos que es verdad lo que digo, dime: ¿adónde lo vemos? Evidentemente, no lo veo en ti, ni tú lo ves en mí. Ambos lo vemos en la inmutable Verdad, que está por encima de nuestras inteligencias... Cuando una tan grande cantidad de ideas perfectamente justas pueden desprenderse de estas palabras, ¿qué locura sería afirmar temerariamente que Moisés sólo pensó, exclusivamente, una de esas ideas, corriendo peligro de ofender con perniciosas disputas a esa caridad, único fin por el cual dijo todas las palabras que nos esforzamos en explicar?

Cap. 30

En tal diversidad de opiniones verdaderas, es a la propia verdad a la que incumbe establecer la concordia; pueda nuestro Dios tener piedad de nosotros “para cuando hagamos un legítimo uso de la ley, relacionándola de un modo directo con la caridad pura, objetivo de todo precepto”.

Por consiguiente: si me preguntan cuál es, de todas esas interpretaciones, aquella en la cual pensaba Moisés, olvidaría el verdadero lenguaje de las **Confesiones** si no os confesase que nada sé. Sin embargo, lo que sé es que esas opiniones son verdaderas, salvo las concepciones groseras sobre las cuales ya he dicho cuando pienso. Los que las comparten son “párvulos” de buena esperanza, a los cuales no intimidan las palabras de tu Libro, tan sublimes en su humildad, tan ricas de sentido en su misma brevedad.

Pero todos nosotros, que, lo admito, vemos y decimos la verdad sobre esos textos, amémonos los unos a los otros, y amemos también a nuestro Dios, fuente de Verdad, si tenemos sed, no de quimeras, sino de la Verdad misma. Honremos a tu servidor, dispensador de esa Escritura, lleno de vuestro espíritu, y creamos que al consignar por escrito tus revelaciones, no ha tenido presente nada más que lo que se desprende de ellas de más excelente, en cuanto verdades luminosas y frutos provechosos.

Cap. 31

Así, pues, cuando uno viene a decirme: “Moisés pensó igual que yo”, y otro dice: “No es verdad; su verdadero pensamiento es el mío”, yo contesto con un espíritu que me parece más realmente religioso: “¿Por qué no habría pensado en ambas interpretaciones, si ambas son verdaderas?” Si se descubre en sus palabras un tercero y un cuarto sentido, y así sucesivamente, desde el momento que este sentido es verdadero, ¿por qué no creer que Moisés los ha visto todos, él por quien Dios único adaptó los escritos sagrados a la inteligencia de tantos lectores, que debían ver en ellos cosas diferentes, igualmente verdaderas?

Por mi parte, lo declaro atrevidamente y desde el fondo de mi corazón; si, elevado a la cumbre más alta de la autoridad, tuviese algo que escribir, quisiera escribirlo de tal modo que cada cual pudiese comprender mis palabras y oír resonar en ellas el eco de las ideas justas que él se habría formado sobre las mismas cosas, antes que creer en un sentido único lo suficientemente claro para excluir a los demás, aunque nada de falso contuviesen que pudiese sorprenderme...

LIBRO DECIMOTERCERO

Cap. 1

Te invoco, Dios mío, “mi misericordia”, Tú que me has creado y no te has olvidado de quien te ha olvidado. Te llamo en mi alma, que Tú preparas para recibirte con el deseo que le inspiras. Esta llamada, no la rechaces. Antes de oírla, ya te has anticipado a ella, cuando me impulsabas con tantas insistencias reiteradas para que oyese tu voz lejana, y que me volviese a Ti, y que llamase a mí a Aquel que me llamaba hacia Él.

... yo debo servirte, honrarte, para recoger con ello felicidad para mí mismo, que recibí de Ti mi ser capaz de felicidad. Fe: ¿el hombre un ser capaz de felicidad?

Cap. 3

.. hacia Ti, único ser simple, para quien vivir es lo mismo que vivir feliz, puesto que eres, para Ti mismo, tu propia felicidad. Fe: Dios pura felicidad

Cap. 8

Date a mí, Dios mío, entrégate a mí; ¡te amo! Si mi amor es aún demasiado débil, fortifícalo. Yo no sabría medir lo que falta a mi amor para que sea suficiente, para que mi vida se precipite a tus abrazos, y que no se desprenda de ellos hasta que sea absorbida “por el misterio de tu rostro”. Cuanto sé yo, es que por doquier fuera de Ti, no solamente fuera de mí, sino en mí mismo, sólo experimento malestar, y toda la riqueza que no es mi Dios, sólo es indigencia para mí. Fe: todo lo que no es Dios, es indigencia.

Cap. 9

... Lo que no se halla en su lugar, se agita hasta que, después de haberlo encontrado, se queda en reposo. Mi peso es mi amor, dondequiera que yo sea llevado, es él quien me lleva...

Cap. 31

Pero los que ven las cosas por tu espíritu, te tienen a Ti, que ves en ellos. Así, cuando ven que son buenas, eres Tú quien ves que son buenas; cuando una cosa les place por amor a Ti, eres Tu quien, en esa cosa misma, les gustas, y cuanto nos place por tu Espíritu te place en nosotros. “Pues ¿cuál entre los hombres conoce lo que ocurre dentro del hombre, si no es el espíritu del hombre que está en él? En cuanto a nosotros, añade el Apóstol, hemos recibido, no el Espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado por su gracia.

Estoy, pues, autorizado para decir: seguramente nadie conoce lo que está en Dios, si no es el espíritu de Dios. ¿Cómo, pues, sabemos nosotros mismos “lo que Dios nos ha dado”? La contestación que recibo, hela aquí: “Hasta lo que sabemos por su Espíritu, nadie lo sabe salvo

el Espíritu de Dios”. Con toda razón ha sido dicho a los que hablaban bajo el influjo del Espíritu de Dios: “No sois vosotros los que habláis.” Con igual legitimidad puede decirse a los que saben por el Espíritu de Dios: “No sois vosotros los que sabéis”. E igualmente a los que ven bajo la misma influencia: “No sois vosotros los que veis.” Así, pues, cuando vemos por el Espíritu de Dios que una cosa es buena, no somos nosotros, sino Dios quien ve que es buena.

He aquí, pues, un primer caso: se toma por malo lo que es bueno; ésta es la doctrina de las gentes de las cuales antes hablé. He aquí otro segundo: se ve que lo que es bueno es malo; así, pues, muchas personas se complacen en tu creación, porque es buena, pero no eres Tú quien les gustas en ella; por consiguiente, prefieren gozar de ella que de Ti. He aquí otro tercero: el uno considera que una cosa es buena, y es Dios quien ve en él que ella es buena y que es amado por su obra. Pero ese amor sólo podía nacer bajo el influjo del Espíritu, que Dios nos ha dado, pues “el amor de Dios está encerrado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”, y por el Espíritu vemos que cuanto existe de un modo cualquiera, sino que es, en absoluto.

Cap. 37

Y entonces descansarás en nosotros, de igual modo como hoy estás obrando en nosotros. Nuestro reposo será tuyo en nosotros, como nuestras obras son tuyas para nosotros. Pero Tú, Señor, posees la acción y el reposo permanentes. No ves en el tiempo, no obras en el tiempo, no descansas en el tiempo. Y, sin embargo, eres Tú quien hace tu vista en el tiempo, y hasta el mismo tiempo, y hasta el reposo al final del tiempo.